

Asamblea de Educación 2014
Comprometidos en la Misión

Los Teques, Quebrada de la Virgen

4 al 6 de junio, 2014

COMENTARIOS A LA CONFERENCIA “COMPROMETIDOS EN LA MISIÓN”

DE LUIS UGALDE, S.J.

Eloy Rivas, S.J.

Preámbulo

El propósito de estas consideraciones, como comentario a lo que ha expuesto el P. Ugalde, no es otro que hacer énfasis en tres aspectos que en su concreción nos permitan revisar, -examinar en lenguaje ignaciano- lo que va siendo el funcionamiento ordinario y habitual de nuestras instituciones educativas, desde la perspectiva del compromiso que demanda la misión, según los rasgos característicos expuestos por él.

Aprovechándome del aporte de gente vinculada al área y a la misión de la Compañía de Jesús en Venezuela, pienso que los tres puntos sobre los que deberíamos examinarnos, son: nuestro horizonte motivacional, la fuente que lo hace posible, y las prácticas que dan testimonio de su fecundidad. Se trata de ver en lo concreto, ayudados por las preguntas correspondientes, cómo los tres puntos orientan efectivamente nuestra misión.

1) El horizonte motivacional:

Cuando no hay un horizonte preciso, los elementos circunstanciales adquieren valor absoluto, los análisis pierden hondura simplificando situaciones y las respuestas personales no pasan de ser meras reacciones epidérmicas como cajas de resonancia.

El compromiso con la misión nos urge preguntarnos, con qué estamos comprometidos. Cuál es el horizonte específico que orienta nuestra labor. Hacia dónde debiéramos apuntar en la práctica, desde lo más genuino de nuestras instituciones educativas, en las circunstancias del presente. Qué supone para nosotros, en lo habitual, estar comprometidos desde la fe con la vida y la dignidad de quienes hoy son negados, con el servicio de la fe y la promoción de la justicia y con la comprometida compasión ilustrada, tal como nos propuso el P. Ugalde.

En la dirección de precisar este horizonte, puede ayudar lo señalado por el Padre General, Adolfo Nicolás, en su reciente visita a Venezuela. Él planteó como reto para los colegios: **lograr que las instituciones educativas de inspiración ignaciana se conviertan en auténticas comunidades apostólicas.**

Este horizonte supone en lo concreto repensar hacia adentro, el modo de gestionar las obras y el modo de funcionamiento donde se articule identidad, comunidad y formación de manera armónica; y hacia fuera, el mejor aporte de la educación ignaciana para Venezuela es consolidar un modelo y un estilo de vida firmemente arraigado en la convivencia, la libertad, la participación inclusiva de todos y el trabajo productivo.

La pregunta fundamental aquí es, pues, qué pasos dar para lograr que nuestras instituciones pasen de comunidades educativas a comunidades apostólicas. En cuanto a lo que corresponde hacia dentro, toca preguntarse qué elementos aseguran un liderazgo interno que garantice la continuidad del horizonte propuesto, así como el crecimiento en el espíritu y en la práctica de la misión según la identidad. Qué vínculos garantizan la consolidación de un equipo de trabajo con una visión clara, una visión apostólica, una visión de entrega, una visión de crecimiento y transformación.

La creación de una comunidad apostólica es condición para que esto funcione. El mismo P. Nicolás, insiste: la única manera de inspirar es que nosotros seamos capaces de ir más allá de nuestro querer e interés para participar con los demás en la creación de un mundo nuevo. Entonces, cómo se socializa y fortalece la visión entre los miembros de la comunidad, cómo se consolida el trabajo en equipo, la corresponsabilidad, y de qué manera la formación garantiza la transmisión del horizonte.

Pero, no basta pensar lo de adentro. Hacia fuera, repetimos, el mejor aporte de la educación ignaciana para Venezuela es consolidar un modelo y un estilo de vida firmemente arraigado en la convivencia, la libertad, la participación inclusiva de todos y el trabajo productivo. Esto implica la profundización de la democracia. Nuestro desafío consiste justamente en que esto no sea mera formalidad sino un contenido que procure el bien de todos en el marco de la asunción de la causa del pueblo. Luego, qué políticas y prácticas concretas aseguran, como dice el P. Ugalde, la formación de profesionales ilustrados con este compromiso que sean capaces de ordenar sus competencias y trabajar para el logro de tal fin. ¿Qué claves, criterios, hemos ido recogiendo en nuestro recorrido pedagógico, institucional hacia la consecución de este perfil?

2) La fuente que lo hace posible

Para la fe cristiana, no es posible la fecundidad de ningún horizonte y de ninguna tarea, por muy loable que esta sea y por muy buena voluntad que se tenga, si no está vinculada indisolublemente a la fuente que la dota de sentido y de vigor. En el evangelio de Marcos esta condición es clara y precisa: [Jesús] fue llamando a los que él quiso y se fueron con él... para QUE CONVIVIERAN CON ÉL y para enviarlos a predicar (Mc. 3, 13-14).

En lenguaje más nuestro, nadie da de lo que no tiene y en materia de espiritualidad como de humanismos, fácilmente se ve la costura de lo que llevamos dentro. La necesidad de una rica y densa experiencia interior que se corresponda con nuestro horizonte, se vuelve una exigencia

ineludible, si además tenemos presente la agudeza de la generación de jóvenes del presente que reclama más testimonio y menos discursos.

Por otro lado, el fortalecimiento del individuo en las actuales circunstancias pasa por caer en la cuenta que el sujeto posmoderno no se funda palmariamente en lo que hace sino en lo que siente o lo afecta sensiblemente. En ello arraiga su simpatía y compasión. La tarea es entonces estimular la interioridad personal y el conjunto de relaciones que definen su consistencia.

En consecuencia, si nos atenemos a lo que sugiere el Papa Francisco y que ha citado el P. Ugalde, será difícil, y quizás imposible, que tengamos entre nosotros la enfermera del alma, el docente del alma, el político del alma, aquellos que no separan la tarea y la propia privacidad, si no cultivamos la dimensión espiritual en nuestra cotidianidad.

Preguntemos entonces: ¿se está proponiendo algún tipo de experiencia espiritual a nuestra gente? ¿Qué frutos vamos viendo de esa experiencia? O por el contrario ¿nuestra propuesta de experiencia espiritual se queda en... o se orienta a? ¿Qué nos proponemos para densificar la experiencia espiritual en orden a darle vida ese horizonte que queremos nos vincule? ¿Qué prioridad tienen en nuestras planificaciones las actividades que procuran el alcance de este objetivo?

Pero hay un elemento que me parece a mí aún más decisivo. Según mi modo de ver, estamos en tiempos de un serio empobrecimiento de nuestra generosidad por razones objetivas. El sueldo no alcanza -en educación la situación es dramática- y buscamos cómo dedicar tiempo a actividades complementarias que nos obtengan beneficios extras que honestamente necesitamos. Si desde las instituciones no se piensa y se planifican espacios que cultive, en medio de las urgencias, la hondura espiritual, fuente de la generosidad cristiana, será un saludo a la bandera lo que decimos sobre el horizonte. Al P. Gustavo Albarrán le he oído en más de una ocasión, que no es bueno el que hace lo que tiene que hacer, sino aquel que haciendo le corresponde ofrece además un plus de dedicación voluntaria para la innovación educativa y para la proyección social.

No podremos orientar inteligencias ni cultivar sensibilidades partiendo de lo que supone una comprometida compasión ilustrada, si no cultivamos objetiva y conscientemente la experiencia espiritual; si no cuidamos lo que es el alma del proceso. Por ello nos preguntamos: ¿se está proponiendo de forma sistemática y continuada algún tipo de experiencia espiritual a nuestra gente?

3) Prácticas que dan testimonio de su fecundidad.

El último elemento específico a examinar en orden a valorar objetivamente la calidad de nuestro compromiso en la misión, tiene que ver con las acciones concretas que dan testimonio de lo que nos mueve, de lo que nos identifica, de lo que nos define.

En definitiva, la comprometida compasión, si es cristiana, se prueba en la práctica. En nuestro caso, de cara a la reflexiones para Venezuela, el mismo P. Ugalde ha afirmado que no basta los enfoques deductivos desde grandes principios.

Para no quedarnos en una mera afirmación de principios, pienso que podría ser importante examinar las prácticas concretas de funcionamiento, la orientación específica de los contenidos, y las experiencias de proyección social.

En cuanto a lo primero, conviene caer en la cuenta que en materia de educación el modo de producción si determina el producto. ¿Cómo nos organizamos a todos los niveles? Nuestro modo de organizarnos ha de contener en cerner el modelo al que aspiramos. O, dicho de otra manera, el modo como se lleva a cabo la acción educativa debe exponerlo vivencialmente. Nuestro modelo interno de organización debe tender a la verdadera comunidad humana mediante la emulación positiva y la sinergia. Es imprescindible revisar cuál es el talante ordinario de las relaciones: alumnos-alumnos; alumnos-profesores; profesores-profesores: profesores-personal directivo y obrero. Comunidad educativa en general. Si esto no refleja la fraternidad y la solidaridad social, nada estamos haciendo.

De cara a los contenidos, es decisivo distinguir dos aspectos. Por una parte, no cabe duda que tenemos que asumir las innovaciones para estar a la altura de los tiempos. Pero, por otra parte, la excelencia académica no es por sí misma garantía de la calidad de vida. Conjuntamente con los contenidos nos toca velar por la calidad humana de los educandos y no sólo prepararlos para responder a la demanda del mercado sino también para aquello que según nuestra misión aspiramos como sociedad. En nuestro caso, dada la coyuntura, la pregunta es ¿qué estamos haciendo, o qué deberíamos hacer para fortalecer la conciencia de una cultura productiva que saque de la marginación y permita ver los factores antagónicos como complementarios?

Por último, no es posible, dado el perfil de nuestros educandos, formar para la solidaridad social sin unas prácticas consecuentes. No somos partidos políticos, como muy bien lo señala el P. Ugalde, pero necesitamos forjar voluntades que opten por una vida para los demás y con los demás, y para ello la experiencia es decisiva. Estas acciones de servicio social no pueden descansar simplemente en la espontaneidad de los miembros de nuestras instituciones. Han de definirse y concretarse como consecuencia lógica de nuestra identidad y misión. ¿Qué estamos haciendo en este campo? ¿Las instituciones que ya llevan un camino hecho entorno a este tipo de actividades que aprendizajes han obtenidos que les pueda servir a otras instituciones? Esta es la tarea.